ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

El valor oficial de la teosofía en España.

Es un hecho al parecer insignificante, y sin embargo, tiene una gran significación y trascendencia. Se trata de un acto de justicia que se debía desde hace tiempo á la enseñanza teosófica entre nosotros. El hecho en sí parece que tiene poca monta, pero merece consignarse.

En el magnífico programa que, para su explicación en el Ateneo de Madrid, sobre la historia de la filosofía en España, ha publicado nuevamente este año el profesor D. Adolfo Bonilla, corrigiendo una omisión involuntaria, aparece una sección consagrada á la enseñanza de la teosofía en España, y se significa, además, más claramente el carácter teosófico de Martínez Pasqualis, el más remoto teósofo oficial de la Península.

Este valor oficial es para nosotros algo que debe tenerse muy en cuenta, dada la intransigencia moderna en que vivimos, intransigencia que sirve las más de las veces para medir por ella la intransigencia que no siempre existió en el pasado. La leyenda de nuestra intolerancia cautiva, por lo general, á las gentes menos estudiosas de allende las fronteras, y pasa como un dogma para aquéllos que se olvidan de la luz que ha derramado España para todo el mundo, cuando estaban en las tinieblas más espantosas las naciones más adelantadas de la Europa contemporánea.

El teósofo oficial más remoto es, efectivamente, el famoso Martínez Pasqualis; pero antes de él nuestros árabes habían puesto en circulación las mejores y más puras doctrinas de los *yoguis* bajo el nombre de sufismo, y antes que él nuestros judíos compilaban las tradiciones ocultas de su pueblo, ofreciendo al mundo los primeros y más remotos recuerdos de la Kábala. Podrá ser cierto desde un punto de vista orográfico que el Africa empieza en los Pirineos; pero no es menos cierto desde otro punto de vista, que la puerta más grande para el paso y la difusión del orientalismo en Europa ha sido siempre, y en todo tiempo, el Estrecho de Gibraltar.

El reconocimiento oficial del saber y la enseñanza teosófica, la asignación de un puesto en el gran catálogo de las diversas enseñanzas que se viven y han vivido en la Península, no es un hecho insignificante en estos momentos. Es una señal de la vitalidad de nuestro esfuerzo, de nuestros maestros, de nuestros guías, de los inauguradores de esta enseñanza. Es también una señal inequívoca de que volvemos á la antigua tolerancia castellana, que si bien exaltaba á los obispos concediéndoles jurisdicción civil, concedía la administración de los tesoros terrestres á los judíos y ponía también en sus manos la administración de la salud y el cuidado de los reyes y los grandes.

Ya el Sr. Menéndez y Pelayo, en su célebre obra *Los Heterodoxos Españoles*, esa última forma que ha creído la intransigencia católica que debía darse á una *Suma contra gentiles* adaptada á la actualidad, hubo de conceder algunos capítulos á la magia y á la hechicería en España como corrientes informadoras del pensamiento nacional emancipado. Esto era poco. Semejantes estudios, demasiado parciales—tanto que retrasan esa segunda edición por alguien tan deseada—son insuficientes. Ha habido y hay un pensamiento nacional que no es esa magia barata y estúpida de *El pequeño Alberto* ó del *Enchiridion Leonis pap* de las ediciones modernas, sino de la verdadera magia y de la única transmutación posible.

Unos archivos teosóficos españoles causarían seguramente una viva sorpresa, no ya entre los que niegan semejante enseñanza en España antes de la aparición de las primeras revistas, sino á muchísimos hermanos que desconocen la antigua tolerancia que aquí ha existido y el modo tan curioso de hacerse la teosofía entre nosotros en el pasado.

El ocupar un momento la atención en la marcha del pensamiento y de la moral de un pueblo vale algo; reconocerlo vale también. Mientras se acerca la hora de esa exposición que el sabio profesor anuncia, hagamos votos para que aquélla sea justa, y esperemos conocerla para ofrecerla á nuestros lectores.

Sobre el mismo tema. Es tan interesante conocer este movimiento, que en los mismos centros oficiales de cultura se estimula su estudio, aunque es claro, con todas las cortapisas que exige el dogmatismo oficial. En prueba de ello, de ese interés que despierta ese pasado místico, desconocido hasta hoy, véase la adjunta noticia qué han publicado el pasado mes casi todos los periódicos de Madrid:

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha acordado prorrogar hasta el último día de este año el plazo de admisión de trabajos para el concurso del premio de 2.000 pesetas, concedido por el marqués de Aledo.

El tema de este certamen es el siguiente:

«Estudio histórico-crítico y bio-bibliográfico de la Filosofía y de los filósofos arábigo-murcianos (Mohidin, Aben-Hud, Aben-Sabin, Abul-Abás, Hareli, etc.).—Sus sistemas filosóficos considerados en sí mismos y relacionados con las Escuelas teológicas ortodoxas y heterodoxas del Islam.—Analogías y diferencias, conformidades y contradicciones entre los filósofos y los teólogos arábigo-murcianos. Influjo de las filosofías hebrea, griega y cristiana en la árabe.—Influencia de Mohidin en Raimundo Lulio, y de aquél y otros arábigo-murcianos en la filosofía escolástica.»

Lástima grande que un premio tan exíguo sea el que se destine á un trabajo tan grande y concienzudo como el que se pide.

La Academia haría una buena obra auxiliando con esa cantidad á un trabajador tan meritísimo y modesto como D. Miguel Aria que, hoy por hoy, es el más entendido en la materia, y que tiene en preparación estudios muy interesantes relacionados con ese tema.

ARIMÍ

Origen de las diferencias entre los hombres.

Pocas serán las personas que alguna vez no se hayan preguntado: ¿Por qué soy yo distinto, ó distinta de mi vecino? ¿Por qué he nacido yo de condición humilde, en tanto que otros han nacido de familias ricas y acomodadas sin haber contraído, al parecer, mérito alguno para ello? ¿Es debido el nacimiento en una condición humilde ó elevada á la pura casualidad? Al hombre que se toma la molestia de reflexionar acerca de este punto se le hace bastante duro y le parece por demás ilógico tener que aceptar que una cosa tan importante como es el nacer en una familia rica ó pobre sea debido únicamente á la pura casualidad. Todos sabemos que aquellos que nacen de familias acomodadas tienen en perspectiva un porvenir algún tanto menos penoso que aquellos que nacen de familias pobres, y esto concede á los primeros una supremacía sobre los segundos, sin que al parecer exista para ello una razón ó causa que estén cimentadas en la lógica y en la justicia. El hombre que se entrega á tales reflexiones consulta en vano á la ciencia oficial y á las religiones populares ó exotéricas, puesto que la primera elude cuidadosamente dar una contestación satisfactoria por la sencilla razón de que no puede darla, porque no la tiene, ni sabe, ó no quiere saber nada acerca de esta cuestión, contentándose, quizá, con decir que el nacimiento es debido á la casualidad, y que los hombres nacen con buena ó mala estrella porque sí; y las segundas contestan—porque se ven todavía más apuradas que la primera para dar una contestación que satisfaga á la razón y á la justicia—que tal es la voluntad de Dios; que Dios ha querido que haya pobres y ricos; que haya niños inocentes que nazcan ciegos y desvalidos, y que en cambio haya otros que vengan á este mundo con el inapreciable don de la vista; que unos nazcan de padres disolutos y perversos, en tanto que otros nacen de padres relativamente puros y buenos, y todo esto para su mayor gloria y esplendor, *magnifi-*

ca y soberbia respuesta, capaz por sí sola de dejar atónito y semiembrutecido de asombro y admiración al hombre más sesudo y de mayor ingenio del mundo.

Así vemos que ni la ciencia ni las religiones oficiales nos dan una respuesta categórica acerca de este importante asunto, debido á que ni la una ni las otras han querido tomarse la molestia de investigar lo que puede haber en él que pueda ser digno de conocerse, y si algunos de sus miembros lo han hecho, no han querido (salvo muy contadas excepciones) hacer públicos los resultados ó conclusiones que de su investigación han derivado.

En el presente artículo expondremos nuestra opinión referente al origen de las diferencias y desigualdades que vemos existen entre los hombres, y haremos todo lo posible para llenar un vacío que ni la ciencia ni las religiones oficiales han sabido ó han querido llenar.

El hombre es un sér cuya evolución y desarrollo hace millones y millones de años que se viene realizando. El hombre no es un sér que principia á vivir por vez primera, cuando le vemos aparecer acá en la tierra, sino que antes ha vivido ya otras vidas, esto es, ha tenido muchos y muy diversos nacimientos en otros cuerpos, de modo que lo que es nuevo y aparece por primera vez ante nuestra vista cuando nace, es únicamente el cuerpo físico; pero el hombre verdadero, el sér que piensa, siente y quiere, ha habitado muchos otros cuerpos anteriormente, de la propia suerte que un hombre de sesenta años, pongo por ejemplo, ha llevado muchos trajes ó vestidos durante este lapso de tiempo, sin que al abandonar uno de estos vestidos gastados por el uso deje de ser el mismo hombre. Este símil es exacto; el hombre verdadero, el hombre inmortal, el pensador, abandona un cuerpo, y después de un lapso de tiempo más ó menos considerable vuelve á tomar otro, del mismo modo que el hombre de barro, el hombre pasajero, abandona un vestido deteriorado por el uso y se viste otro nuevo. El hombre verdadero se envuelve en vestidos de carne, y el hombre de carne se envuelve en vestidos de lana, de algodón, etc., etc. Decimos el hombre inmortal y verdadero, porque este hombre es la esencia divina que informa al hombre de barro ó carne, y porque es incorruptible, imperecedero y sin disgregación posible, en tanto que el hombre de barro se corrompe y disgrega cuando el momento

que impropiamente llamamos muerte, puesto que sólo deberíamos llamarlo desencarnación ó separación del hombre verdadero de la envoltura que lo envuelve.

El hombre verdadero es una entidad espiritual ó no material, esto es, no está compuesto de la substancia que conocemos como materia, aunque, como es muy natural, ha de ser algo, mas ese algo escapa á la percepción de nuestros groseros sentidos físicos, y el pensamiento y la voluntad son fuerzas que este hombre verdadero genera y pone en acción, debido á un poder que le es inherente, del mismo modo que le es inherente al fuego el poder de quemar y al agua el poder de humedecer. Así, pues, el pensamiento y la voluntad son fuerzas cuya esencia es inmaterial, pero estas fuerzas sólo pueden manifestarse en el universo objetivo á través de la materia, mas no sólo á través de la materia que conocemos ó creemos conocer, sino á través de infinitos estados de materia que al presente desconocemos por completo la inmensa mayoría de los hombres.

La Naturaleza tiene dos aspectos—el espiritual y el material—ó sea la fuerza y la materia, y el hombre verdadero pertenece al aspecto espiritual, así como el hombre de carne pertenece al aspecto material. La materia, por sí sola, es una cosa inerte, y por lo tanto, incapaz de sentir y de generar el pensamiento y la voluntad, del mismo modo que una máquina es incapaz de ponerse en movimiento y de producir la labor que le es propia sin la fuerza que la impulsa y mueve su mecanismo.

Ahora bien; este hombre verdadero evoluciona y se desarrolla sucesiva y gradualmente, viviendo acá en la tierra y habitando diversos cuerpos ó vehículos, y de esta suerte adquiere las experiencias y conocimientos que le son indispensables, obedeciendo así á la ley inmutable del progreso, puesto que, como palpablemente lo vemos, la Naturaleza no crea seres perfectos, sino únicamente seres perfectibles que progresan constantemente, ya sea sólo por medio del mero impulso progresivo que la misma Naturaleza les imprime, ya sea por este mismo impulso, unido á los esfuerzos individuales que estos mismos seres hacen para progresar y desarrollarse.

La chispa de vida ó esencia espiritual que progresa en los reinos mineral, vegetal y animal, sólo realiza dicho progreso debido al impulso progresivo que recibe de la Naturaleza, puesto que en estos reinos no tiene aún conciencia de sí misma, esto

es, no tiene libre albedrío; pero cuando esta chispa de vida alcanza el reino humano, entonces posee una conciencia individualizada capaz de comprender el bien y el mal, capaz de ejecutar actos y acariciar pensamientos que en mayor ó menor escala comprende que son buenos ó malos, y esto, como es muy lógico, razonable y justo, engendra resultados y responsabilidades individuales. Esta chispa de vida individualizada y consciente ahora de sus pensamientos y acciones es la que constituye el hombre verdadero y espiritual que progresa eternamente. Poseyendo el hombre el libre albedrío, tiene la libertad de moverse en éste ó en el otro sentido, y, por lo tanto, puede acelerar ó retardar su progreso, y de aquí se derivan en gran parte las diferencias y desigualdades que observamos entre los hombres. Decimos en gran parte porque dichas diferencias provienen también, y en primer término, del mayor ó menor lapso de tiempo transcurrido desde que la chispa de vida ú hombre verdadero alcanzó por vez primera el reino humano, pues fácilmente se comprenderá que aquéllos cuya entrada en el reino humano data de tiempos anteriores, tienen motivos para estar más avanzados que aquéllos cuya fecha de entrada data de tiempos posteriores, del mismo modo, por ejemplo, que el colegial que hace seis años asiste á la clase tiene motivos para estar más avanzado en el conocimiento de la ciencia que estudia que aquel que sólo hace seis meses que asiste á la misma.

Así, pues, las diferencias que existen entre los hombres consisten sólo y exclusivamente en la mayor ó menor edad que cuenta su yo verdadero y espiritual, su chispa de vida, su mónada, como con propiedad se llama al hombre interno é inmortal, y en el buen ó mal uso que hace de la libertad ó libre albedrío que la Naturaleza le concede.

En la Naturaleza no existen privilegios ni favoritismos de ninguna clase, y sus leyes son iguales para todos los seres que ha desarrollado de su seno, lo cual quiere decir que en el universo no hay ningún sér que sea desgraciado ni tampoco afortunado, sino que todos y cada uno de ellos tiene y posee lo que en estricta justicia se merece, según sea el grado de elevación que ha obtenido, y según sea la fase de su desarrollo por la que está atravesando en un momento dado. El tiempo y la vida de los seres son infinitos y han de perdurar eternamente y, por lo tanto, le queda á la Naturaleza ancho margen para ajustar

cuentas con todos aquellos que, debido á su ignorancia ó mala fe, violan sus leyes. Por esto, porque la vida del hombre y de todos los demás seres ha de persistir eternamente, por esto, decimos, vemos á tantos hombres cuyo modo de ser y vivir es altamente inmoral y que, sin embargo, gozan de una posición al parecer envidiable, en tanto que el hombre virtuoso se muere quizá de hambre en un rincón de una miserable buhardilla. Si la vida del hombre se redujese sólo á los breves instantes que constituyen lo que llamamos vida terrestre, entonces, con sobrada razón, podríamos decir que no existe orden, justicia ni equidad en la Naturaleza; pero esto no es ni puede ser así, puesto que en las leyes de la Naturaleza vemos y no podemos negar que existe orden, y este orden lo percibimos en el mundo que habitamos, en los demás mundos que nos rodean y en nosotros mismos, y en donde existe orden ha de existir forzosamente equidad y justicia. Por poco que uno se detenga á reflexionar, verá fácilmente que existe un poder que se halla por encima de todos los diminutos poderes que el hombre posee. En torno nuestro vemos girar con armoniosa simetría esas inmensas moles de materia que llamamos mundos y soles, y es tanta la exactitud y regularidad matemática con que se mueven, que hasta á nosotros, pobres pigmeos, no es factible predecir con toda certeza (si bien sólo con respecto á un número muy reducido de ellos) cuándo alguno de los incluídos en este reducido número pasará por tal ó cuál lugar del espacio infinito. Creo que todos convendremos en que los mundos y soles que vemos en el espacio son entidades inconscientes—á lo menos lo que de ellos percibimos—; y si son entidades inconscientes, como la tierra que pisamos, ¿quién ó quiénes regulan sus movimientos y los ordenan de un modo tan admirable? ¿Quién les traza el sendero que deben seguir de modo que, siendo su número incalculable, jamás chocan entre sí después de tantos y tantos millones de años que hace ejecutan su ordenado movimiento? Al reflexionar acerca de las maravillas que la Naturaleza nos presenta, nos quedamos extasiados á la par que confusos y aturdidos, y sin embargo, y á pesar de ver tanto orden y tanto poder en ella, nos atrevemos á decir que en el pequeño mundo que habitamos no hay justicia ni equidad cuando nos agobia algún pesar ó sufrimos algún dolor que en nuestra ignorancia creemos no merecer. Donde existe tanto poder y tanta

magnificencia ha de existir también necesariamente la justicia, y si existe justicia no es posible el horrendo absurdo que entraña la frase tan común de que la muerte todo lo iguala. No, y mil veces no; la muerte no iguala nada, puesto que la muerte no existe. Lo que llamamos muerte sólo es un cambio de estado, en el cual la mónada ú hombre real no hace más que abandonar su vestido de carne, pero él continúa siendo el mismo hombre que era, que es y que será eternamente.

Causa tanta lástima como horror y disgusto el pensar que hay quien supone que un hombre malvado puede ser igual al hombre virtuoso después que ha pasado por las puertas de la muerte. Si esto fuese posible, entonces el hombre de bien tendría motivo para volverse loco de desesperación, y no tendría más remedio que recurrir al suicidio, porque al hombre de bien no le es posible obrar mal, aun cuando quiera, debido á que en él existe un algo interno que le impide devolver golpe por golpe, agravio por agravio, traición por traición, mal por mal; así es que no puede combatir y defenderse con las mismas que emplea el malvado; no le es posible aceptar y poner en práctica aquella perversa máxima de «procura llegar al fin que te propones sin reparar en los medios», y, por lo tanto, es siempre víctima de aquellos cuya *ancha* y *dilatada* conciencia desconoce los principios de la moral y de la justicia. ¿Qué es este algo interno que existe en el hombre de bien que le impide llevar á cabo la venganza que en un momento de exaltación y de justo enojo, provocados por la injusticia de que ha sido víctima ha jurado quizá ejecutar? Este algo es el conocimiento que el hombre real é inmortal ha conquistado por medio de repetidas experiencias, por las cuales ha pasado en anteriores existencias, pues sólo por medio de la experiencia individual se puede adquirir el conocimiento, en tanto que el ofensor, aquél cuya conciencia no siente escrúpulos, aquél para quien todos los medios son buenos para alcanzar el fin que se propone, que se venga con creces de la ofensa que cree haber recibido, este tal es un alma joven que todavía no ha adquirido el conocimiento que el hombre de bien ya posee. No hay otra diferencia entre el hombre de bien y el malvado, entre el sabio y el ignorante. El hombre de bien y el sabio poseen un conocimiento más amplio de las leyes de la Naturaleza que el malvado y el ignorante, y esto es sólo y únicamente debido á que los primeros han pasa-

do por experiencias por las cuales los segundos no han pasado todavía.

Como se ha dicho anteriormente, el hombre real es una emanación ó chispa del aspecto espiritual de la Naturaleza, por cuyo motivo, y por ser su esencia espiritual, es inmutable, eterna é incorruptible. Todas estas chispas ó almas son de una misma y única esencia, pero no todas han alcanzado el mismo desarrollo y progreso, por cuya razón vemos tanta diversidad en las aptitudes, modo de ser y virtudes de los hombres. El alma ó yo real del hombre puede ser comparada al oro que se halla envuelto entre escorias, y que para brillar con todo el esplendor que le es peculiar debe arrojarlas de sí pasando por el crisol. El oro se purifica por medio del fuego, y el hombre real se purifica y adquiere experiencias pasando por el crisol de las encarnaciones terrestres.

El hombre vale más, muchísimo más de lo que comúnmente él mismo cree; así es que cuando se considera como un simple armazón de carne y hueso, se denigra y se rebaja, no ya á la condición de las bestias, pues éstas están, del mismo modo que nosotros, animadas por la chispa divina, sino á la condición de un terrón de arcilla que las tormentosas aguas de un impetuoso torrente arrastran y disuelven en diminutas partículas. Pero afortunadamente esto no es así, puesto que, por el contrario, el hombre es un sér inmortal, tan inmortal como el mismo espacio infinito que lo contiene. Siendo las leyes de la Naturaleza inmutables y sin principio, jamás han variado ni jamás han pedido consejo á ningún hombre ni á ningún Dios para ser y obrar del modo que lo hacen y, por lo tanto, quiéralo ó no el hombre, él es un sér espiritual, inmortal y consciente, porque participa de las mismas cualidades espirituales de la Naturaleza que lo ha formado y de la cual es una parte integrante.

Pero, ¿no es mil y mil veces mejor y, sobre todo, más justo que esto sea así? ¿No sería una horrenda y monstruosa injusticia que después de haber vivido el hombre en este mundo durante algunos años, en los cuales no ha hecho quizá más que sufrir, todo concluyera para él cuando llega el trance de la llamada muerte? ¿No os causa pena, no os sentís profundamente afligidos vosotros, espíritus pensadores y libres, vosotros, espíritus reflexivos y amantes de la justicia, al pensar que un hombre que ha sido un buen padre, un buen amigo y un buen ciu-

dadano, deba tener la aniquilación total y completa de su sér por toda recompensa á estas virtudes? Un buen número de los mismos que niegan la inmortalidad del alma se contradicen abiertamente á cada paso, pues los vemos que estudian con afán, sienten vehementes deseos de saber y escudriñan y sondean los arcanos de la Naturaleza hasta donde llegan sus posibilidades. Quizá se nos dirá que este afán de saber sólo lo sienten por amor al dinero, á la gloria y á los honores mundanos; pero nosotros diremos que si bien estas circunstancias constituyen una no despreciable parte del afán que siente el hombre por saber, esto, no obstante, también contribuye mucho, en algunos de ellos el sólo amor al saber, y este amor al saber por el saber mismo lo siente tanto más vehemente el hombre cuanto más virtuoso y altruista es. Además, ¿qué amor al dinero y á los honores mundanos ha de sentir el hombre al llegar á la edad de sesenta ó setenta años, cuando sabe que los días de su vida están contados? Y, sin embargo, este hombre estudia, inquiere y trabaja con el mismo ardor que lo hacía cuando era un joven de treinta años. Y todo ¿para qué? ¡Para que dentro de algunos días quizá todo lo que le ha costado tanto trabajo y tantas vigilias de adquirir quede sepultado para siempre dentro del silencio de una tumba! No, este hombre estudia, inquiere y trabaja, aunque lo haga inconscientemente, porque su yo verdadero sabe que es inmortal, y que lo que una vez ha aprendido lo poseerá eternamente.

Resumiendo: el hombre es una entidad inmortal por esencia, pues la Naturaleza no forma á los seres para destruirlos después de haberlos formado, sino que los forma para que progresen constantemente y adquieran sucesiva y gradualmente una más amplia conciencia de sí mismos y del universo que los rodea. Lo único que constantemente se destruye y vuelve á reconstruirse son los mundos y las formas materiales ó cuerpos que la entidad inmortal habita con el objeto de adquirir experiencia, y las diferencias de virtudes y de talentos que observamos entre los hombres sólo son debidos al grado de desarrollo que cada uno de ellos ha alcanzado, y su estado ó condición social en el mundo sólo obedece á las necesidades particulares de la evolución y desarrollo de cada individuo. El que hoy es rico mañana será pobre; el que hoy es pobre mañana puede nacer rico; la riqueza y la pobreza sólo son experiencias para el alma,

en modo alguno constituyen ni la felicidad ni la desgracia, pues vemos ricos que son mucho más infelices y desgraciados que el último jornalero, así como vemos pobres cuya vida se desliza más tranquila y placentera que la del mayor potentado. Además, para cada rico hay á lo menos un centenar de pobres, lo cual equivale á decir que por cada vez que nacemos ricos debemos nacer á lo menos un centenar de veces pobres. Una cosa debemos tener constantemente fija en nuestra mente, á saber: «Qué justicia inflexible regula á los mundos y á los seres que los habitan.»

Alfonso TORNADO

LA GRAN PIRÁMIDE

I.—INTRODUCCIÓN

Es un hecho incontestable que todo objeto de estudio puede ser considerado desde dos puntos de vista muy diferentes—diferentes en apariencia—, á saber: desde el punto de vista de los que juzgan según los hechos comprobados por ellos mismos, y desde el punto de vista de los que juzgan la institución de los mismos. El primer modo es el llamado científico; el segundo es el de los que saben por un conocimiento íntimo y no por un conocimiento actual de cerebración lógica la verdad de las cosas. En la actualidad ha llegado á ser una costumbre, por demás lamentable, que los que juzgan según los hechos relativamente establecidos nieguen todo valor en absoluto á las consideraciones que pueden hacer de las cosas los que tienen de ellas una sabiduría más íntima. Además de esto, esa escuela de pensadores cuenta hoy con la mayoría, porque la gran masa inconsciente los sigue, no por hallarse persuadida, sino por negligencia é ignorancia. Ahora bien; yo pregunto: ¿Por ventura, la primer consideración científica no descansa sobre un *sentimiento* de origen anterior? Desde luego; pues el sabio que recoge una multitud de hechos—de hechos materiales—y que los ha recogido con la idea de analizarlos, ordenarlos, etc., con el propósito de construir una historia de ellos, ese sabio, además de sus pensamientos de sabio, tiene también su sentimiento de hombre, y este último no sólo es el resultado de sus relaciones en la vida presente con pensadores simpáticos, amigos y conocidos, sino de sus relaciones creadas en vidas anteriores. Así, un sabio no dejará, aun contra su propia voluntad, de ver un objeto á través del prisma de sus sentimientos, coloreado por las vidas anteriores y la presente.

Por lo que se refiere á los hechos que se consideran científicamente, como por ejemplo, los referentes á la historia de la antigüedad, los indagadores modernos no tienen, en verdad, mucho sobre qué poder trabajar, á lo menos sobre documentos escritos. Hasta hace relativamente poco el examen de los monumentos escritos estaba completamente sujeto y limitado por los dogmas religiosos, y la indagación libre sobre ellos que ahora puede hacerse era de todo punto imposible. Unicamente se ha podido pensar y escribir con libertad desde el siglo pasado, y precisamente en ese siglo algunos hechos importantes que han empezado á observarse indican cuán poco se sabe de ellos hasta el presente, ya que la diversidad de teorías establecidas por los hombres de ciencia sobre semejantes hechos atestigua que no son incontestables.

Cuando se nos deja ver que la historia de la humanidad puede escudriñarse hasta una época muy anterior á Jesucristo y los hechos del conocimiento testifican que ya entonces existían grandes civilizaciones, no es científico ni seguramente lógico decir que entonces comienza la historia de la civilización humana, sobre todo en presencia del hecho afirmado de que la tierra existía muchos millones de años antes de semejante época. Tenemos, pues, para elegir entre dos consideraciones relativas á las cosas antes de la época en que se fechan nuestros datos, á saber: La humanidad vivió millones de años en un estado salvaje, y el desarrollo que ha sufrido en los pocos miles de años siguientes está completamente en pugna con ese punto de partida, ó bien esas civilizaciones existían mucho antes de ese punto de partida histórico. Ahora bien; un modo de ver respecto de este punto de partida, al menos si queremos formarnos una idea clara del mismo, descansa por completo sobre el sentimiento, y la enseñanza teosófica vale tanto como la científica. ¿No es esa la verdad para una época posterior?—se puede preguntar con fundamento. Este es el caso, á mi entender; pero antes de poder probarlo es menester conciliar los hechos conocidos con la doctrina, y eso es más de lo que puede exigirse de un lego. Para ello convendría un hombre de ciencia con nociones teosóficas, y éstos no abundan en las diversas ramas de la Ciencia. Nosotros, por otra parte, no estamos en estado de recoger suficiente número de hechos para probar nuestras teorías científicamente, así es que sólo las mantenemos sobre la razón de nuestro saber íntimo, pues fuerza sería de otro modo que la concordancia de los hechos y de las teorías no perteneciese al mundo de los más bellos sueños. Como siento éste y como sé que es verdad, me atrevo á tratar mi asunto desde el punto de vista que descansa sobre los datos recogidos en los libros «no científicos», escritos por hombres «no científicos», pero que tienen por su sentimiento íntimo un conocimiento más verdadero, y por ende más derecho á hablar de esas cosas que cualquier recopilador de hechos.

Cuando siente uno algo por una cosa, eso es una prueba de que en

su aura hay skandhas, que proceden del tiempo en que estaba ligado con el asunto en cuestión y su conocimiento: y cuando se deja á esos skandhas seguir su rumbo libremente, se sabrá, según mi opinión, más de la cosa que cualquiera puede saber juzgándola sólo desde fuera.

Esto me llevaría demasiado lejos de lo que quiero decir, esto es, cuáles son las dos grandes teorías que existen respecto de la antigüedad é historia de la humanidad. La teoría científica sostiene que todo progreso de la civilización humana reposa sobre una evolución gradual del hombre físico y del sistema cerebro-espinal, y que el hombre desde el salvaje se ha elevado sin ayuda externa alguna á la altura de la civilización presente, que la vanidad general considera como el más alto punto á que puede llegarse. Nosotros no hemos de ver si hay algún fundamento para estimar en tanto la civilización contemporánea. Lo apuntamos nada más y pasamos á considerar lo que dice la teoría teosófica.

Enseña ésta que la humanidad, hasta una época relativamente reciente estaba guiada por completo por algo externo, á la manera de un niño que se enseña á correr al cuidado de las manos de sus padres y que desde hace poco empieza á sostenerse por sí solo. En aquella infancia de la humanidad existieron grandes civilizaciones que fueron mantenidas por un modo exclusivo por nuestros hermanos mayores, que vinieron de otros lugares de nuestro sistema solar para dirigir nuestra evolución. Fueron ellos los reyes, los iniciados y los sacerdotes de las civilizaciones antiguas y poseían todos los conocimientos que se dan dentro de nuestro sistema. Por eso podían poner ante la humanidad un ejemplo que imitar por las civilizaciones posteriores. No sostendremos, sin embargo, que las razas jóvenes que condujeron satisfaciesen perfectamente las intenciones que tan altas entidades tuviesen respecto de ellas, porque sabemos muy bien, por lo que se nos ha enseñado, que ellos ni podían ni tenían licencia para obligar á los hombres á ejecutar sus proyectos. Ahora bien; si su presencia de por sí era bastante para llevar á esa raza á una civilización elevada, es verdad que ésta decayó tan pronto como aquéllos se retiraron. El provecho de su presencia no podía ser otro que el impulso que hizo trabajar á la máquina de la humanidad; pero ahora, desarrollados como estamos, como humanidad, debemos aspirar por nuestro propio impulso por llegar al mismo resultado. Una imagen clara de tal propósito, aunque en menor escala, la encontramos, por ejemplo, en el arte.

En la antigüedad griega, conocida por nosotros, algunos grandes iniciados crearon obras escultóricas que ninguno de sus sucesores ha podido igualar y que ahora mismo no pueden igualarse. No obstante, ahí están como un ejemplo de lo posible en esa dirección, y lo deben ser relativamente al último fin de nuestros artistas, que se deben proponer igualarlos para llegar en un tiempo venidero á la misma altura.

En este caso se puede observar también al principio una civilización y un desarrollo extraordinarios; en seguida su decadencia y una civilización inmediata que vuelve al punto de partida, aumentada con el desarrollo intrínseco adquirido por medio de esa imitación.

En cualquier caso, podamos ó no demostrarlo, la doctrina teosófica nos dice que las primeras civilizaciones de la humanidad actual—antes de la época histórica las hubo, y la civilización egipcia, una de las primeramente conocidas, no fué sino un resto de aquéllas—, de la humanidad actual, repito, fueron dirigidas y conservadas por adeptos, y en casos extraordinarios por entidades altísimas procedentes de otros globos del sistema solar. Ateniéndonos á esta consideración no puede existir para nosotros duda alguna, ya que debemos mirar todas las cosas que conjeturamos ó conocemos respecto de esas civilizaciones—lo mismo que la civilización egipcia conocida—á una luz enteramente distinta de la que puede hacer un investigador científico. Y cuanto observemos esa luz es lo que me propongo tratar en el curso de este trabajo. Es decir, examinar las diversas teorías existentes relativas á la Gran Pirámide, á sus constructores, al por qué de su construcción, etcétera. Asi, no podemos, por cierto, suscribir las palabras de uno de los más ilustres egiptólogos modernos, Mr. E. A. Wallis Budge, que refiriéndose á este asunto dice en su última gran obra:

«En las páginas siguientes no se mencionan las diversas teorías más ó menos ingeniosas que se han acumulado siempre alrededor de la Gran Pirámide y que pretenden atribuir á este monumento sepulcral designios y significaciones ocultas, pues por todas las autoridades competentes se ha reconocido que se construyó para sepulcro y no para encerrar cualquier enseñanza esotérica que tenga relación con los patriarcas hebreos ó con otros (1).»

Esta sentencia puede tener gran autoridad, y la tiene, por cierto, para los que se inclinan al corriente movimiento científico; pero ha de reconocerse también que hay muchos que no pertenecen á las «autoridades competentes» sobre el asunto que no están conformes con esas frases y que tampoco jamás lo estarán, porque están inclinados á las «teorías sensacionales» y porque seguramente no reconocen en muchos casos la autoridad de los hechos denotados.

Pero para formarnos una imagen exacta de algunas de las teorías concernientes á la Gran Pirámide, es menester ver cuáles son esas teorías y conocer los datos referentes á los habitantes de Egipto durante la construcción de la misma. Veamos en primer lugar los científicos.

En la proposición de la obra mencionada dice Budge «que los ar-

---

(1) Vallis Budge.—*Books on Egypt and Chaldea. A History of Egypt from the End of the Neolithic Period to the Dealth of Cleopatra*, VII. B. C. London 1902. 8 vol.—vol. II, págs. 8 y 9.

queólogos han sostenido mucho tiempo que el período de tres ó cuatro mil años que muchos estimaban como bastante para el origen, crecimiento, apogeo y decadencia de la antigua civilización egipcia era insuficiente, y que las grandes obras de estatuaria, pintura y las pirámides gigantescas nunca podían producirse por un pueblo que unas cuantas centurias antes era completamente salvaje. La exactitud de este reparo se ha probado ahora, y es sabido que Menâ ó Menes no fué el primer Rey de Egipto (1) y que la época de civilización que se nos describe por medio de las obras de las dinastías egipcias no saltaba á la vista, por decirlo así, durante el gobierno de tal Rey.

Es muy cierto también que haya habido muchos Reyes independientes, tanto el Delta como el alto Egipto mucho antes de Menes, aunque sea perfectamente posible que él sea el primer Rey histórico que lo sea á la vez del Sur y del Norte (2). Esto está de acuerdo con nuestras enseñanzas teosóficas sobre la civilización prehistórica, pues además de cuanto se ha dicho, es también un hecho conocido que Menes, aunque hizo ejecutar algunas grandes obras públicas, como la desviación del curso del Nilo por medio de un gran dique, en un sentido general fué un gran gobernador que hizo mucho por el bienestar de su pueblo, llevando esta mira tan lejos que importó un gran lujo en su corte, con lo que se prueba que fué muy materializado y en ningún modo un Rey iniciado, á lo menos en el grado que acostumbramos á imaginarnos á los de ese título. Es cierto que la introducción de una vida licenciosa en un gran pueblo ha sido siempre la señal indicadora de su decadencia, testigo de ello el conocido imperio romano, de donde podemos deducir que el apogeo de la florescencia egipcia no fué en tiempo de Menes, sino mucho tiempo antes, y así el principio de tal civilización se halla en lo más remoto de la antigüedad desconocida.

Hasta aquí no vemos diferencia entre las dos teorías respecto de la antigüedad de la civilización egipcia. Pero obsérvase una gran diferencia cuando se examina lo que enseña la ciencia respecto de las partes constitutivas del pueblo y de la manera como se poblaba el país. Los egiptólogos están de acuerdo en un punto, á saber: que la raza egipcia conocida en la historia era una mezcla de negros africanos y de colonizadores asiáticos; pero que durante la época histórica conocida los egipcios no tenían noticia de sus propios progenitores, pues sus tipos eran muy variados, encontrándose en ellos todos los tipos de las razas que dominaron alternativamente en Egipto. El profesor Maspero re-

---

(1) Según las listas de Maneton así debía ser, y sencillamente por esa razón muchos le consideran como una especie de Rey primitivo. Pero estas listas no son una autoridad, pues únicamente se conservan fragmentos de ellas, citados por algunos autores de la antigüedad clásica. Las listas auténticas es muy probable que fuesen quemadas en el gran incendio de la biblioteca de Alejandría. (N. del A.)

(2) *Ibid*, prefacio, pág. 12.

duce los egipcios á las razas proto-semíticas (1), que vinieron del Asia, atravesaron el itsmo de Suez y se encontraron á las orillas del Nilo con otra raza—probablemente una raza de negros—que rechazaron hacia el interior. Cuándo sucedió eso es difícil decirlo, y así vemos que egiptólogos como Flinders, Petrie, Budge, Maspero, Wiedemann y otros no pueden dar una fecha, y solamente introducen una cronología positiva desde Menes. Que eso ocurrió mucho antes de la época de Menes, es claro según lo precedente. Parece que esos colonizadores se establecieron primero en el Alto Egipto, al Sur de la Tebas histórica, mucho antes de la formación del Delta del Nilo, y que gradualmente se fueron extendiendo hacia el Norte. Que esto fuera así nos lo pueden demostrar lo legendario de las comunicaciones conocidas de los sacerdotes posteriores respecto de los habitantes del Sur, que ellos solían mirar como una especie de dioses progenitores, llamándolos los *Hijos de Horus* ó *Schesvo-Hor*. Estos eran los habitantes de los países vecinos de las fuentes del Nilo, llamados *poent*, de los que se habla como del país sagrado de Khent. Y siempre quedó entre los pueblos del Sur que fueron al Norte, á la residencia sagrada, un gran recuerdo de leyendas. Aparentemente sin razón, así es que tenemos que buscarla en las obras teosóficas. Mdme. Blavatsky dice en *La Doctrina Secreta* (2) que esos habitantes originales de Poent constituían como una tribu asiática que fué á establecerse á las fuentes del Nilo.

La misma escritora describe muy detalladamente el hecho y quiénes eran los Reyes de los progenitores de los egipcios, en el vol. II, página 343 (3) de *La Doctrina Secreta*.

En esa época debemos ver la primer aparición de los progenitores de los que llamamos los pueblos más antiguos del mundo, llamados ahora respectivamente los hindo-arianos, egipcios, y antes persas, por un lado, y caldeos y fenicios por otro. Estos estaban gobernados por dinastías divinas, es decir, por Reyes y Soberanos que solamente tuvieron de común con el hombre mortal la apariencia de su forma material *como era entonces*. Pero esas entidades eran de globos más altos y más celestes que lo será nuestro propio globo, aun después de varios manvantaras futuros. Es naturalmente infructuoso intentar la aceptación de semejantes entidades por un incrédulo.

De la misma manera que las tribus asiáticas—los etíopes orientales—, los constructores más poderosos, fueron del Asia á su nueva patria, el Egipto, como nos ha referido muy claramente también H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta*, donde se nos da una declaración de la fábula de Io rendida por Prometeo. «Io es la diosa lunar

(1) *Histoire ancienne des peuples de l'Orient; l'Egypte primitive*, pág. 17.
(2) *La Doctrina Secreta*, II, pág. 435-436.
(3) Todas las referencias á *La Doctrina Secreta* se refieren á la edición inglesa. (N. de la R.)

de la creación, porque es Isis y es Eva, la Gran Madre—dice la autora que nos declara así la leyenda—; Io es la madre y el símbolo de la humanidad física (1). En la leyenda los derroteros de la raza están claramente señalados. Io debe dejar Europa y salir para el continente asiático hasta llegar á las más altas cimas del Cáucaso, luego debe dirigirse hacia el Este, después de haber dejado el Bósforo kimmérico y de pasar lo que actualmente es el Volga y Astrakan hasta el Caspio, para llegar finalmente al país de la tribu arimaspica (al Este de la Seitia de Herodoto).» Mdme. Blavatsky dice luego que el profesor Newman tiene derecho á pensar que así se designan las montañas del Ural. La tradición dice después algo que es inexplicable para todos los traductores europeos, á saber: Io debe establecer una colonia, y por eso tiene que viajar más allá del Este, hasta que llega al río Etíope, que debe seguir hasta que cae en el Nilo. Ahora bien; algunos piensan que «el Nilo tuvo su origen en algún otro lugar. En la India corre por muchos desiertos y pierde su nombre de Indo en seguida... corría á través de un país habitado y ahora se llama el Nilo por los etíopes de estos lugares, y más tarde por los egipcios (2).» Esta idea indudablemente ha nacido porque no se conocían otros etíopes que los que habitaban en el Africa Septentrional; pero Mdme. Blavatsky dice que el río designado es muy seguro que sea el Indo, que fué llamado por los etíopes orientales el Etíopo y también Nîl ó Nîlâ (3).

Y más adelante: «India y Egipto eran dos naciones consanguíneas, y los etíopes orientales—los grandes constructores—llegaron de la India, como hemos probado en *Isis sin Velo* (4). Nîlâ significa sencillamente aguas azuladas.» La raza de Io, la virgen con cuernos de vaca, es la raza precursora de los etíopes, que fué conducida por ella desde el Indo al Nilo, el que recibe su nombre en conmemoración al río madre de los colonizadores hindos. Así es como Prometeo dice á Io que el sagrado Neilos, el dios, no el río, la conducirá al país de *los tres ángulos*, esto es, el Delta, en donde se ordenó previamente á sus hijos que fundasen «aquella remota colonia». Allí empezaría una nueva raza, la egipcia (5).

H. J. van GINKEL.

(Continuará.)

Versión española del holandés, por **R. LENSSELINK.**

---

(1) *La Doctrina Secreta*, II, pág. 434, nota.
(2) *La Doctrina Secreta*, II, pág. 435.
(3) *Ibidem.*
(4) Vol. I, pág. 569 y siguientes, edición inglesa.
(5) *La Doctrina Secreta*, II, 436.

EL POPOL-VUH Y EL RABINAL-ACHÍ

I

En esa ardiente y extensísima América, donde se agitan aún pueblos jóvenes, al Norte, llenos de esperanzas de dominación sin límites, y al Sur, con una vaga necesidad de guerra y aventuras, parece aún á las gentes más despejadas que no hubo en el pasado en aquellos bosques vírgenes sino un silencio infinito, elevándose, á lo más, en alguna que otra cabaña, el humo de los hogares.

Pero antes de los viajes de los navegantes procedentes de Europa pudo nacer y florecer en aquel vasto continente occidental una civilización autóctona. Si la curiosidad pública no ha dejado de trabajar sobre los hallazgos egipcios, sirios y persas encontrados por los arqueólogos amantes de las antigüedades orientales, puede decirse que el estudio de la América antigua suministraría también por sí misma la revelación de un mundo capaz de revivir con gran belleza ante cualquier imaginación. Por ejemplo, se ha encontrado una literatura de los Incas, que si no se compone más que de dos obras, anteriores á la conquista de los españoles—el drama *Ollantaii* (1) y una colección de elegías ó *yarahvis*—no deja de ser admirable. En cuanto á las ruínas de los palacios ó de los templos antiguos que edificaron los pasados habitantes del Perú antes de los mismos Incas, majestuosos y riquísimos algunas veces, ofrecen un carácter de parentesco con la arquitectura pelásgica.

Los antiguos peruanos pertenecieron á la raza quechúa, que extendió su dominación sobre casi todo el Sur de América y que llegó hasta las regiones centrales. De ahí que el *Libro Sagrado* ó *Nacional* de los toltecas, es decir, de los antiguos mejicanos, esté en sus dos últimas partes constituído por tradiciones referentes á la nación quechúa, que dominaba en Guatemala en

(1) Hay una versión castellana en la *Biblioteca Universal*. (N. de la R.)

la época en que fueron reunidos los antiguos manuscritos para la composición del *Popol-Vuh*. De esta Biblia misteriosa, nacida en la agonía de los pueblos que la crearon, es de lo que nos proponemos hablar ahora.

II

Como toda Biblia, el *Popol-Vuh* trata, ante todo, de dar una explicación sobre el origen de las cosas, y describe *la obra de la aurora,* el comienzo del mundo, por la voluntad de Formador, Qabauil, llamado también *El tirador de cerbatana, La serpiente cubierta de plumas, El corazón de los lagos, El amo del planisferio verdeante* y *El dominador del azul.* Cuando no estaba descubierta todavía la faz de la tierra, y sólo existían el mar impasible y el cielo inmenso, Dios, el padre y la madre de la vida, yacía sobre las aguas como una luz colosal envuelta en verde y azul.

El padre y la madre de la vida, que son dos seres en uno, se consultaron recíprocamente. A su palabra se manifestó la primera luz en el cielo, después se retiró el mar, se elevaron las montañas, aparecieron los bosques y se descubrieron los valles en seguida. El Formador creó los animales y les ordenó que pronunciasen su nombre. Los animales rugieron, silbaron, craqueron, pero no pudieron hablar. El padre y la madre de la vida redoblaron su brío en la obra, sin temor al fracaso, é hicieron un hombre de barro; pero eso no era aún bastante para cantar su gloria. Después de varios ensayos construyeron en gran número muñequillos de madera. Estos eran más duraderos, pero se secaban luego y no podían reproducirse.

Disgustado el Formador de tales monigotes, sopló sobre las aguas que, alborotadas bien pronto, inundaron la tierra y ahogaron á los hombres, es decir, la cosa fué de otro modo; como por ser de madera no podían sumergirse, el autor del *Popol-Vuh* observa que fueron descalabrados, triturados sus huesos y reducidos á polvo.

Además, los animales á quienes esos hombres habían maltratado, se vengaron é insultaron de mil modos á sus antiguos tiranos, y por un milagro que el autor no explica, aquellos muñecos tuvieron una posteridad en esos pequeños monos llamados *Qoy*, que se hallan en el país, llamados después por los conquistadores Verapaz.

El verdadero hombre apareció por fin. Vukub-Cakix, que habló y razonó. Inmediatamente se creyó ser el sol y quiso inculcar tal convicción á sus dos hijos, Zipacna y Cabrakan; pero como el orgullo de su padre les enojara, le dieron ellos un cerbatanazo que le destrozó la mandíbula, de lo que Vokub-Cakix fué á lamentarse á su mujer Chimahuat. Además de esa desgracia cayó sobre el pobre hombre el Gran Jabalí-Blanco, especie de semidios que, á pretexto de curarle, le robó los dientes y los ojos, que eran de piedras preciosas. Y á consecuencia de tal operación, el hombre que se creyó ser el sol murió.....

El autor del *Popol-Vuh* cuenta en seguida las aventuras de Zipacna, primer hijo de Vukub-Cakix. Zipacna se imaginó ser el creador de las montañas. Una vez encontró á cuatrocientos jóvenes que inútilmente querían derribar un árbol. Zipacna lo colocó cómodamente sobre sus espaldas y lo llevó donde aquéllos deseaban. Esta hazaña inspiró á los cuatrocientos hombres el deseo de asesinar al héroe, le cavaron una fosa é hicieron que se cayese en ella. Entonces la multitud gozosa se embriagó, y Zipacna se aprovechó del suceso para aplastarlos; pero por medio de los encantos de dos brujos, el joven Hunahpu y su hermano Xbalanqué, fué sepultado bajo una montaña.

Cabrakan estaba orgulloso de su padre y de su hermano y también era orgulloso á su vez. Se llamaba á sí mismo «El Destructor de las montañas». Hurakan, la tempestad, ordenó á los brujos que lo aniquilasen, y Hunahpu y Xbalanqué fueron á decirle que habían descubierto una montaña mayor que todas las conocidas. Cabrakan quiso verla para volcarla y se puso en camino con ellas. En el viaje, Hunahpu mató un pájaro con su cerbatana y Xbalanqué le hizo asar para Cabrakan, sazonando luego el pájaro con un polvo venenoso.

III

En la segunda parte del *Popol-Vuh* se propone contar el origen y la historia de Hunahpu y de Xbalanqué. El relato nos lleva á la corte de Xibalba, compuesta, por cierto, de señores con funciones muy extraordinarias. Xihiripat y Chuchumaquit regulan la suerte de los que padecen flujos de sangre. Ahalpuh tiene por misión proporcionar los tumores á las piernas y Ahulgana la de llevar la palidez á los semblantes. Chamiabah y Cha-

miaolom eran los maceros de la corte de Xibalba. Sus mazas eran de oro y su poder consistía en reducir á los hombres á una delgadez vecina del esqueleto. Todo esto era mucho antes de nacer Hunahpu y Xbalanqué.

El señor de Xibalba envió á los príncipes extranjeros nombrados más arriba, á Hunhun-Ahpu y Vukub-Hunaphu, antepasados de los jóvenes magos. En su mensaje les conminaba á que fuesen hacia él. Hunhun-Ahpu y Vukub-Hunahpu obedecieron á los enviados y sufrieron varias pruebas.

Se les hizo pasar por la *Casa Tenebrosa,* pero se valieron de antorchas de pino y atravesaron la obscuridad. Pasaron luego por la *Casa del Viento (Xuxulim);* después por la de *Tigres,* por la de los *Murciélagos (Zotzo-ha),* y, finalmente, por la de los *Combatientes (Chayim-ha).* Después de tales pruebas fué muerto Hunhun-Ahpu, y Vukub-Hunahpu crucificado en el tronco de un árbol, dentro del que se puso la cabeza de Hunhun-Aphu. El árbol se hizo estéril y se cubrió de calabazas, y hoy mismo, en las tribus mejicanas, se da el nombre de *cabeza de Hunhun-Aphu* á la calabaza.

Se prohibió á las gentes de Xibalba aproximarse al árbol, en cuyo tronco yacía la cabeza del muerto, y en cuyas ramas colgaban misteriosos y sorprendentes frutos. Pero una joven llamada Cuchumaquiq violó la prohibición, queriendo coger uno de aquellos frutos tan hermosos y bonitos. La calavera habló, y su boca, ¡oh maravilla! lanzó sobre la mano de la virgen un salivazo. Cuchumaquiq concibió á consecuencia del suceso á Hunahpu y á Xbalanqué.

El padre de la joven quiso saber quién era el padre del fruto ó de los frutos que llevaba en su seno. Cuchumaquiq respondió: «Yo soy pura. No he conocido á ningún hombre.» El padre, irritado, la insultó, y ordenó á cuatro criados que la llevasen al bosque y la matasen con un cuchillo de silex y que le trajesen luego en un vaso el corazón de la víctima.

Los servidores la llevaron al bosque, pero Cuchumaquiq les rogó la abandonasen, y para que ellos hicieran creer á su padre que la sangre del corazón iba en el fondo del vaso, tocó con un dedo un árbol inmediato y salió de éste un líquido rojo que hizo caer en la vasija. Desde entonces, todos los árboles de esa clase se consideraron como sagrados y se les llamó *árboles de sangre.*

Cuchumaquiq erró á la ventura mucho tiempo y llegó, final-

mente, á la cabaña de una viejecita, que era la madre de Hun-hun-Ahpu, que fecundara á la joven. Por un signo maravilloso se hizo reconocer de la anciana y vivió con ella, dando á luz á Hunahpu y á Xbalanqué, que inventaron la música y la danza. Los mejicanos llaman aún *Hunahpu-coy* á un baile del que fueron autores.

Quisieron también limpiar los bosques y los campos incultos, pero las fieras destruían cada noche la obra realizada por la mañana por Hunaphu y Xbalanqué. Al llegar á este punto, el autor del *Popol-Vuh* refiere una multitud de apólogos, en los que el león, el tigre, la rata, el ciervo y el conejo elogian ó vituperan los procedimientos empleados por los dos representantes de la raza humana.

El soberano de Xibalba les envía mensajeros para hacer con ellos lo mismo que hizo con su padre Hunahpu. Los hermanos van á la corte y pasan por las cinco *casas* y salen victoriosos de las tinieblas, del frío, de los tigres y de los guerreros. Hunaphu, después de eso, fué decapitado por Cacamotz al sacar la cabeza por una ventana para ver la salida del sol. Xbalanqué hizo para su hermano una cabeza nueva.

El rey de Xibalba condenó luego á los dos hermanos á ser quemados sobre un tronco. Los dos se dirigieron por sí mismos al sacrificio, pero para resucitar en seguida de sus propias cenizas.

Se les vió luego sobre las aguas de un río bajo la forma de hombres-peces. Más tarde se presentaron en Xibalba disfrazados de mendigos. Inmediatamente se señalaron por sus maravillas, tales como quemar las casas y reconstruirlas á un golpe de su varita mágica, y como hacerse heridas mutuas y matarse para resucitar en seguida. Estos milagros llamaron la atención del rey de Xibalba, que los hizo llamar para ver sus prodigios, y quedó tan encantado de ellos que quiso que le matasen para que le resucitaran luego, pero Hunahpu y Xbalanqué se guardaron muy bien de resucitar al tirano, y sometieron así al reino de Xibalba.

Y después de esto, los antepasados de Hunahpu y Xbalanqué ascendieron á los cielos y obtuvieron el imperio del sol y de la luna. Y los cuatrocientos jóvenes aplastados antes por Zipacna se convirtieron en las estrellas del cielo.

IV

La cuarta parte del *Popol-Vuh* cuenta la cuarta creación del hombre, es decir, la aparición de la casta noble y sacerdotal. Las panochas de maíz amarillo y de maíz blanco surgieron en todos los campos y hubo alimentos de todas clases. Existía el pensamiento y los hombres contemplaban el mundo desde la superficie de la tierra á la bóveda celeste.

Estos hombres se llamaban Balam-Quite *(El tigre sonriente)*, Balam-Agab *(El tigre nocturno)*, Mahucutah *(Nombre ilustre)* y Thi-Balam *(Tigre de la luna)*: midieron todo á su alrededor, y eso enojó al Formador, que precipitó las nubes sobre sus pupilas.

A la cabeza de su ciencia colocaron las más bellas mujeres y eso les llenó de alegría. Y los hombres que nacieron de esas uniones fueron el origen de las diversas tribus de la gran nación quichúa.

Posteriormente, cada tribu escogió sus dioses y los llevó cada una en un arca. Y á consecuencia de esa multiplicidad de dioses las tribus acabaron por no comprenderse y hablar cada una un idioma diferente.

En muchas tribus los vestidos que se usaban entonces eran de pieles de bestia.

Los hombres perdieron después el fuego, y gracias al dios Tohil, que por un prodigio fué un ser vivo, se encontró el secreto y fué comunicado á las tribus. Todos pudieron preservarse del frío en los países donde emigraban, y el dios Tohil exigió de ellos un altar y el sacrificio de los niños.

Bajo sus órdenes, los hombres se atravesaron las orejas y se tatuaron los codos. Y así se instituyeron los ritos.

V

En este momento se fundaron las grandes ciudades, se dividieron en barrios y se abrieron diferentes caminos. Tan pronto como Balam-Quitré, Balam-Agab, Mahucutah é Iqui-Balam salieron fuera de las ciudades, se proveyeron de hombres que había en las cercanías, á fin de sacrificarlos al dios Tohil. Algunas de las demás poblaciones resolvieron vengarse. Como Tohil y otros dos dioses, Avilix y Hacavitz habían tomado la forma de adolescentes; se decidió que dos jóvenes entre las más bellas,

Xthah y Xpuch, irían á bañarse á la misma ribera á que iban Tohil y sus compañeros, á fin de atraerlos. Los tres dioses resistieron empero á la tentación y dieron á las muchachas tres clámides pintadas: una con figuras de tigres, otra con figuras de águilas y la tercera con figuras de abejas. Los jefes de las poblaciones se pusieron después los mantos y no les pasó nada; únicamente el que se puso el tercer manto fué picado por las abejas.

Las ciudades se coaligaron para sitiar la ciudad de Tohil, edificada en la montaña. Tohil mandó encerrar en cuatro calabozos millares de moscardones y de abejas y dejó aproximarse á los enemigos. Uno de éstos abrió los calabozos, y los enjambres se precipitaron sobre los sitiadores, matándolos, ayudados en parte, por las flechas de los sitiados.

Después de esa victoria murieron los dioses, ó mejor dicho, desaparecieron por completo, sin que se supiese dónde se sepultaron. Balam-Quitré, Balam-Agab, Mahucutah é Iqui-Balam fueron, pues, los antepasados de un gran número de sacrificadores que vinieron, según dice el sagrado libro, *del otro lado del mar, donde nace el sol.*

El Oriente de que se trata aquí es, sin duda, el de Honduras, y el mar del que nace el sol el golfo del mismo nombre.

En la cuarta generación que siguió á estos acontecimientos, Cotuha é Iztayol eran reyes; los hombres empezaron á edificar casas de piedra y con cal, y un poco más tarde edificaron en el centro las casas para los dioses.

En seguida disputaron con motivo de las mujeres, y los descendientes de la raza quichúa se separaron, reinando en veinticuatro países.

Los reyes crearon una nueva institución. Deseando obtener constantemente la protección del dios Tohil, encargaron á un grupo de nueve hombres, después de trece, y finalmente, de diez y nueve, el cuidado de impetrar sus auxilios y el de practicar la abstinencia y continencia. Y eso agradó al dios, puesto que engrandeció el imperio de los quichúas, si bien debió enojarle más tarde, porque dejó caer la nación bajo los golpes de los conquistadores españoles.

El *Popol-Vuh* concluye con la genealogía de los reyes. Al llegar á la dinastía catorce, los hijos de los reyes Tecum y Tepul, tributarios de España, aparecen los nombres de *Don Juan*

de Rojas y *Don Juan Cortés*. Y la capital de los quichúas, Izmachi, se convierte, de trescientas mil almas, en una aldea de dos mil esclavos, bajo el nombre de Santacruz.

VI

Evidentemente, toda esta serie de mitos tenía por objeto explicar los acontecimientos históricos que ocurrieron entre los pueblos de la antigua América Central, Nahuas, Toltecas, Quichúas, Cakchiqueles, etc. Bajo el velo de los símbolos se ocultan las emigraciones, las guerras de las razas y los cataclismos.

En cuanto á lo demás, ¡qué de instituciones contemporáneas del *Popol-Vuh* no describe el libro sagrado! El desenvolvimiento mitológico de la religión quichúa huelga, naturalmente, del libro, donde se halla, sin embargo, en germen, como en los himnos homéricos, en estado embrionario el culto orgiástico de Dionisio y los ritos de la Gran Diosa.

Como entre los griegos y los romanos, los dioses primitivos se multiplican. A cada división del tiempo y á cada orden de funciones sociales corresponde una nueva divinidad. Hubo una diosa, Centeott, diosa de las casas, cuyo templo, llamado Centeopan, fué célebre entre todas las tribus. Hubo también un dios Xiuktencli, á quien se honró con sacrificios humanos, pues los hombres que se le inmolaban se los desollaba vivos, y los sacerdotes del dios se revestían con su piel. Al lado de tales atrocidades, la religión de esos pueblos tenía sus ceremonias anuales para la purificación de las mujeres y la circuncisión de los jóvenes.

Los quichúas del Centro de América tenían también su dios del vino y su diosa del amor. A ésta se la consagraba un mes por completo, en el que se permitían los amores libres, y durante cuyo curso se permitía á las cortesanas insultar á las mujeres honradas. Se inmolaban también hetairas á la diosa, que se ofrecían por sí mismas al sacrificio.

Junto también con estos cultos de crueldad y de sangre, los quichúas honraban con ritos puros y espirituales á la Vía Láctea, y durante las noches estrelladas contemplaban largamente la inmensidad de los cielos como si quisieran impregnarse su gloriosa y serena calma.

VII

Desde los siglos más antiguos, las artes y las letras fueron

muy honradas por los pueblos de lengua quichúa. Se enseñaban discursos á los niños y se los instruía en la poesía y en la música. Uno de los más célebres poetas de esta raza fué el rey de Tecuzco, Nezahualcoyott, el cual, en una hermosa elegía, predijo en 1467 la caída de Méjico bajo los golpes de conquistadores futuros.

El arte preferido en las antiguas naciones de la América Cental fué el baile, de lo que nos queda un experimento auténtico en el *Rabinal-Achí.*

Los bailes se celebraban en las plazas públicas ó en los patios de los templos. Tomaban parte en ellos, por lo menos cuatrocientas personas y á veces dos mil. La música se colocaba en el centro, y los nobles, formando varios círculos concéntricos, danzaban alrededor. Otros círculos distintos danzaban cerca de éstos. Entre las varias danzas que existían se menciona el *pochob,* ó danza de los amantes, y el *zayi,* danza grave que ejecutaban únicamente los ancianos llevando palmas en las manos.

En el antiguo Méjico había Asociaciones de danzantes, en las que no se entraba sino tras pruebas difíciles y enojosas muchas veces. Así la Sociedad de *Danzantes de Totoliztli* celebraba sus iniciaciones en la gruta situada al pié del volcán de Axuzco.

El *Rabinal-Achí* es una combinación coreográfica, mímica y dialogada. Se puede considerar dividida en cuatro cuadros. En el primero se representa como ocurriendo bajo los muros del castillo de Cakyug, residencia de Rabinal-Achí. En medio de una rueda, en la que toma parte Rabinal-Achí, su esclava favorita, Ixok-Mun, y una tropa de guerreros, tigres y águilas, Queché-Achí se precipita agitando enojado su lazo por cima de la cabeza de Rabinal. Cesan las danzas, calla la música y los dos enemigos se lanzan retos de desafío muy poéticos, pero demasiado largos. Se dirigen nada menos que ocho discursos, cuyo objeto es dulcificar la cólera recíproca de los enemigos hasta hacerse amigos, aunque Rabinal coge y apresa á Queché.

El segundo cuadro se supone se desarrolla en el palacio del rey Hobtoh. Este está en su trono rodeado de la reina, las esclavas, los guerreros, las águilas y los tigres. Rabinal se presenta y refiere la hazaña que acaba de realizar. El rey le felicita por haber hecho prisionero al bravo Queché-Achí, pero le prohibe que maltrate al vencido.

En el cuadro tercero Rabinal liberta á Queché-Achí, en el

bosque donde le había atado, y le anuncia que le llevará dignamente ante el rey Hobtoh, según se lo ha exigido. Entonces Queché-Achí se abalanza sobre su vencedor para matarle por traidor, pero Ixok-Mun, la favorita de Rabinal, se interpone y preserva al héroe de los golpes de su enemigo.

En el cuarto cuadro, Queché-Achí se presenta ante el rey y levanta su maza sobre él para matarlo. Hobtoh le reprocha entonces los actos de iniquidad que ha cometido contra él. El vencido pide gracia y el rey le hace beber en su copa. Queché bebe con disgusto y después danza delante del rey. Hobtoh ordena que se le den al vencido vestidos llamativos y una banda brillante. Queché-Achí declara que va á ejecutar la danza guerrera como en los días que era libre y poderoso. He aquí un ejemplo de su estilo:

«Músicos, tambores, ¿qué os une? ¿Qué os une, si unos sopláis en las flautas y otros batís en los parches? ¡Andando! Ejecutad el gran aire sobre mi flauta tolteca, sobre mi tambor yaqui, como lo hacíais antes, á la llegada de mis cautivos, en mis montañas y en mis valles. Que palpite el cielo, que retiemble la tierra, que se inclinen las frentes al retumbar de mis pasos, aplaudiendo cadenciosamente los esclavos, los hombres y las mujeres á la faz del cielo y á la faz de la tierra. ¡El cielo y la tierra sea con vosotros! ¡Oh mis flautistas! ¡Oh mis tambores!»

Queché da cuatro veces un grito de guerra.

Pide á Hobtoh la princesa que se llama *La madre de las plumas preciosas*. Esta se le acerca. Queché la saluda, ella se aleja de él danzando y mirándole, y Queché va tras de ellos agitando una banda.

Por último, Queché-Achí pide un plazo de veinte días y veinte noches para volver á ver sus montañas, pero Hobtoh, cansado, ordena la muerte del cautivo, y Queché se despide de la vida:

«Es verdad que debo morir y estoy entre el límite del cielo y de la tierra, y que no puedo cambiar mi suerte con esta ardilla, con ese pájaro, que viven y mueren sobre la rama del árbol y el césped verdeante, donde satisfacen sus deseos entre la tierra y el cielo!»

Después, los guerreros, las águilas y los tigres se precipitan sobre el condenado, y arrojándole sobre la piedra del sacrificio le inmolan.

El baile acaba con una danza general.

Las tribus indias de la América Central conservan aún un gran número de bailes: el *puhuy* (el buho), el *quy I boy* (el armadillo), el *xtzul* (el ciempiés) y el *chitic* (la farándula).

De la misma manera que nosotros tenemos una temporada de teatros, los quichúas tenían su temporada de bailes. Esta era en el mes de Tekuhilhuitontli, que, salvo unos tres días de diferencia, corresponde á nuestro mes de Junio. En esa época se celebraba *La fiesta de las princesitas,* en la que, armadas las hijas de los nobles con escudos, arcos, flechas y mazas, aprendían todos los gritos de guerra. Después de un período de danzas, la fiesta terminaba con la inmolación de una mujer y con orgías indescriptibles.

León CHARPENTIER

AMAR

Probable es que aún no se sepa lo que quiere decir la palabra *amar.* Hay en nosotros vidas en que amamos sin saberlo. Amar así no es sólo tener piedad, sacrificarse interiormente, querer ayudar y hacer feliz, es una cosa mil veces más profunda que las palabras humanas más suaves, más ágiles y más fuertes no pueden alcanzar. Dijérase por momentos que es un recuerdo furtivo pero extremadamente penetrante de la gran unidad primitiva. Hay en este amor una fuerza á la cual nada puede resistir. ¿Quién de nosotros, si se interroga del lado de las luces que de ordinario no se miran, quién de nosotros no encuentra en sí mismo el recuerdo de ciertas obras extrañas de esta fuerza? ¿Quién de nosotros, de pronto, junto á un sér acaso indiferente, no ha sentido vigilar algo á lo que nadie llamaba? ¿Era el alma ó la vida que se volvía sobre sí misma como uno que está dormido y se despierta? Lo ignoro, vos también lo ignoráis y nadie habla de ello; pero vos no os reparéis como si nada hubiese ocurrido.

Amar así, es amar según el alma; y no hay alma que no responda á este amor. Porque el alma humana es un convidado hambriento desde hace siglos; no se le debe invitar dos veces al festín nupcial.

M. Maeterlinck.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Nueva sección. Con este título inauguramos desde este mes una nueva sección cuya necesidad, justamente sentida por nuestros lectores, quedará cumplidamente satisfecha en lo sucesivo. La organización de ella nos ha costado algún trabajo; pero vencidas por fin todas las dificultades que tamaña empresa exige, y á la que justamente tienen derecho nuestros amigos, aparecerá con regularidad en nuestra Revista.

Para realizar este deseo, vivamente sentido, seguimos suplicando á cuantos nos hemos dirigido que nos envíen sus informaciones á la Dirección de SOPHIA, sencillamente en una tarjeta postal. La misma indicación hacemos á las Ramas y á los hermanos americanos ó españoles, á quienes no haya llegado nuestro aviso.

En lo sucesivo nuestros lectores tendrán así una información detallada, como lo exige el desarrollo del movimiento teosófico, y una oficina de intercambio espiritual en la Dirección de SOPHIA, donde podrán dirigirse para una información segura.

Nuevo foco de luz. En 1.° de Julio del pasado año se inauguró la Biblioteca especial que los miembros de la «Rama Concordia», de La Habana, fundaron en esta capital con el objeto, no sólo de servirse de ella, sino muy principalmente con el fin de que los particulares pudieran leer y estudiar con facilidad las diversas obras teosóficas, las cuales, en lo general, les son completamente desconocidas.

En los cinco meses que lleva funcionando dicha Biblioteca se ha obtenido un resultado que ha sobrepujado las esperanzas que al principio tenían sus fundadores, y hoy creen firmemente que irá en progresivo aumento de año en año, á más de contribuir al establecimiento de otras nuevas en distintas localidades, como ya lo ha conseguido la «Rama Krya», de Santiago de Cuba, don-

de oportunamente remitieron para ello el correspondiente reglamento.

Las bases más principales que se han tenido en cuenta para el establecimiento de la citada Biblioteca son: 1.ª, la del concurso racional y posible que cada miembro de la Rama, y hasta algunos de fuera de ella, podían prestar para su fundación, sostenimiento y progresivo desarrollo; 2.ª, la del interés que esos mismos miembros y personas podían y debían tomarse en realizar la consiguiente propaganda entre sus parientes, amigos é individuos que se hallasen á sus alcances ó en relación por algún motivo; 3.ª, por las cualidades que dichos miembros trataban de desenvolver y poner en ejercicio para este asunto particular, como son: buen deseo ó buena fe, actividad, constancia, oportunidad, prudencia, confianza en el buen éxito y propósito incesante de practicar el bien y reformar sus correspondientes defectos, pues con semejantes cualidades en ejercicio y teniendo presente que querer es poder, creen firmemente que han de conseguir en lo que á la Biblioteca respecta, análogos resultados á los que dice el Evangelio de transportar las montañas de un lugar á otro.

En un principio se propusieron diferentes medios para reunir los fondos necesarios á fin de dar comienzo á esta Biblioteca, como fueron al contar con los elementos de los miembros de la «Rama Concordia», con la suscripción de éstos, y hasta de los particulares, amigos ó simpatizadores, ó con las pequeñas cuotas que los miembros destinaban para otras atenciones menos importantes y precisas y, por último, con las donaciones voluntarias de libros, metálico, etc. por cada cual, hasta que al fin se resolvió que el hermano H. Mora facilitara por el pronto, y sucesivamente después, los libros, folletos y revistas convenientes y con arreglo á los precios del Catálogo de la casa del señor Ramón Maynadé, Tapinería, 24, en Barcelona, para dar cimiento á nuestra empresa, en la inteligencia que se iría reintegrando con lo que produjeran las cuotas mensuales y voluntarias de sus miembros, la de los particulares garantizados por los mismos y las de aquéllos que sin disponer de garantía dejaron previamente depositado el valor de cada libro y satisfacieron por su lectura de 5 á 10 centavos al mes, á no ser que lo compraran después de leerlo, en cuyo caso quedaban exentos de pagar nada por la cuota mensual.

Las cuotas señaladas á los miembros fueron fijadas por éstos y solamente por aquéllos que quisieron y pudieron contribuir, lo mismo que los asociados garantizados; están comprendidas desde 20 á 100 centavos de peso, en plata española.

Los libros se han de entregar de uno en uno y leer fuera de la Biblioteca, en el tiempo que cada uno tiene marcado, y devolverlos á la misma, sin manchas ni deterioros, dentro del plazo correspondiente, so pena de abonarlo, quedando de propiedad del lector, y para esto se señala el valor en cada libro, con objeto, además, de que al que le convenga poseerlo pueda conseguirlo con facilidad. Con el propósito de que los lectores saquen el mayor provecho de los libros y folletos, se han clasificado éstos por el orden de menos dificultad, y por el mismo se van entregando á los que así lo prefieren.

En honor á la brevedad, y al mismo tiempo para que exista la debida constancia, se lleva un registro encasillado donde se anotan los libros con sus títulos, valor, fechas de entrega y devolución, interesados, que fijan sus domicilios, firmando, etc.

Con la lectura á domicilio de las obras teosóficas, hecha con la comodidad y ahorro de tiempo que no puede disponerse en las bibliotecas localizadas, y en horas y días determinados, se obtienen varias ventajas, pues no solamente pueden leer los miembros todas las obras que les convengan, sino facilitar lectura y estudio á muchas personas que se hallan más ó menos dispuestas ó capacitadas para entrar de lleno en los conocimientos teosóficos y que comúnmente no saben si existe esta clase de libros y dónde pueden adquirirse y por una insignificante cantidad, ó á lo más á los precios de Catálogo.

A la coronación del mejor éxito contribuirá el propósito hecho por cada miembro de la citada Rama de asistir, dirigir é instruir, en lo que sus fuerzas y circunstancias permitan, á uno de sus parientes, amigos y personas con quienes trate, con el fin de que al año de comenzar estos trabajos cuente cada cual con un nuevo y decidido aspirante á la perfección humana.

* * *

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

Marco Aurelio. Las prensas valencianas acaban de publicar la versión española de la obra que Renan consagró al estudio de la figura de Marco Aurelio. Es indudable que las habilidades del estilo y las galas del ropaje artístico con que Renan adornó su obra han contribuído no poco á extender y difundir por el mundo el beneficioso conocimiento de aquel gran Príncipe, ejemplo, guía, norte y reloj de los futuros, como dijo nuestro célebre Guevara.

Las páginas más levantadas y sentidas que han escrito todos los biógrafos de todos los tiempos y de todos los hombres, han sido siempre precisamente las dedicadas al ilustre Emperador filósofo, el hombre que parece haber personificado mejor que nadie aquella antigua virtud que, por llamarse ecuanimidad ya no se nombra, ó que por ser tan excelsa se ofrece con escasa frecuencia entre los hombres.

Marco Aurelio ha sido quizá el único místico que ha tenido el mundo romano, y también el único teósofo—esto más seguramente—acaso que conoció la antigüedad latina.

Es hermosa y bellísima la obra de Renan, equilibrada, justa; está hecha con la mejor y la única condición que debe exigirse á toda biografía imaginable: con *evangelismo,* con ese amor entrañable por el biografiado que supieron poner todos los autores de evangelios, y con el mismo que supo poner en su obra el celebrado autor de la *Vida de Johnson*, Boswell.

Nuestra obra, la del obispo de Mondoñedo fray Antonio de Guevara, es ingénua, demasiado ingénua. Parece una de esas vidas de santos escritas por aquellos inocentes é ignorantes escritores del pasado que, piadosamente, imaginaban leyendas y milagros, en beneficio de sus biografiados, para elevarlos así más hacia los cielos sobre un cúmulo de crédulos relatos, pero increíbles historias.

Un paralelo entre la obra de Renan y la del fraile español no estaría demás, y sería seguramente oportuno ahora que sale á la luz la versión española de la obra del primero. Algunas páginas de *La sagesse et la destineè,* de Mauricio Maeterlinck—todas las que se refieren al Emperador filósofo—no estarían demás como prólogo de esta obra y como preparación para aquéllos que han de leer por primera vez la vida del gran místico romano.

*

Pero hay una cosa mejor que toda esa historia externa del más humano de los Césares, que toda esa preparación que se acaba de indicar como precisa y casi obligada para ciertos lectores. Hay algo que vale más que todas cuantas historias y cuantos trabajos se han escrito sobre el mismo Marco Aurelio; más que las frases de Renan, los cuentos de Guevara y los párrafos que le consagra Maeterlinck, y es la misma obra del César; sus doce libros de pensamientos, las famosas, las eternas *Meditaciones*, ecos divinos de la voz de los dioses, humanizada desde hace diez y nueve siglos.

El profetismo judío. «Los profetas judíos no han hecho otra cosa que reconstruir, democratizándole, el nacionalismo judío que anteriormente creara Esdras y los libros mosáicos». Y prosiguiendo así Eduardo Dujardin—aun más conocido entre nosotros por su pseudónimo, *Paul de Régle*—examina en el *Mercure de France* (15 Janvier) lo que constituye el profetismo hebráico.

Ese profetismo parece que no ha consistido en otra cosa que en enseñar al mundo la verdadera religión. La política judía se ha ofrecido así como un teocratismo. Es el único teocratismo subsistente en Europa. Teocratismo que procura imitar la Iglesia romana, y que no puede conseguir en modo alguno, á pesar de las políticas pontificias, porque carece de la extra mundialidad de la religión judáica. El cristianismo actual es una obra de Pablo y de sus discípulos, sin raíz y médula esotérica de ninguna clase. Sin corazón religioso, por consiguiente.

Los judíos han procurado extender las fronteras de su patria, sus fronteras de espíritu, conquistando almas sin conquistar ningún pueblo. La obra religioso-militar de las Cruzadas ó de la conquista de América no han podido concebirla los conquistadores de almas, los catequistas de espíritus.

Mr. Dujardin niega que los profetas hayan sido los apóstoles de la justicia, de esa justicia que consiste en dar á cada uno lo que es suyo, en juzgar sin pasión. Es verdad, sí, que ha habido mucho apasionamiento en los profetas. Así tenía que ser, así será siempre, porque el verbo del profeta es una palabra exaltada, adquirida por iluminación, por fuerza superior y que se hace para los demás con arte. Profeta y poeta es lo mismo. Es verdad que el pueblo judío concibe la justicia castigando siempre. De un modo análogo la concibe nuestro pueblo, que ha tomado tantas cosas del pueblo hebreo y que tantas cosas conserva de él todavía. En un orden superior y más humano, la crítica, por ejemplo, es la censura de las cosas malas; no se concibe vulgarmente una crítica que señale las cosas buenas. El pueblo hebreo es nacionalista y democrático, es verdad. Su dios, el terrible Iahveh, es un dios colérico, siempre el señor y el amo, jamás el padre. Hasta que no aparecen los *nazarios* no

aparece en Judea un Dios más humano y más divino: «El Padre que está en los cielos.»

Estos puntos y otros del mayor interés examina y estudia el distinguido publicista francés. El trabajo no tiene más que no hallarse, quizá, bien titulado. El verdadero título sería *El proselitismo judáico,* porque no es en realidad el profetismo lo que se estudia, sino la aplicación política y positiva para la vida de las enseñanzas y prédicas de los profetas. Y el profetismo subsiste, subsiste bajo una forma menos suprasensible, pero no menos divina por eso. Toda la protesta social de los últimos es un eco, una degeneración del profetismo divino. Y en cuanto tiene de buena y de justa se aproxima á su verdadera fuente.

La voluntad como medio de prolongar la vida. Mr. Finot, el Director de *La Revue* (antes *Revue des Revues*), inserta con este título un hermoso trabajo en su periódico (1.er Janvier), que ha llamado justamente la atención entre las gentes más cultas de Europa. La tesis de Mr. Finot es afirmativa. La voluntad es un medio de prolongar la existencia. Esto no es nuevo ni es desconocido para nosotros. En Sophia, los lectores asiduos de la misma pueden ver en la colección de hace dos años un trabajo sobre el particular, suscrito por uno de nuestros amigos. El poder de la voluntad es precisamente el gran descubrimiento que ha hecho la psicología occidental durante el siglo pasado. En el campo experimental, Mesmer, Braid y todos los psicólogos experimentalistas han dejado un gran caudal de documentos. En el de la expeculación pura nadie ha ido más allá de Schopenhaüer y sus discípulos. *El mundo como voluntad y como representación* es la gran obra mágica del siglo XIX, la que hubiera escrito, á vivir entre los hombres de entonces, un Cornelio Agrippa, ó mejor un Paracelso.

La voluntad crea heridas, llagas, enfermedades, cuerpos en el espacio, proyecciones humanas. Mr. Finot pasa revista á todos esos hechos, y al terminarla dice:

«Cuando se piensa en esa repercusión incontestable del alma sobre el cuerpo, apercíbese uno fácilmente que la Naturaleza ha puesto en nuestras manos ciertos medios de acción para facilitar nuestra dicha sobre la tierra. Nos encontramos en situación parecida á la del propietario de un terreno en cuyas profundidades se ocultasen grandes riquezas. ¿Qué diríamos de un hombre que, convencido de tal existencia, rehusara la explotación de semejante riqueza?

»Este es, sin embargo, el caso en que se hallan todos los hombres. Sabemos con qué manera tan fácil y de qué seguridad tan evidente son los instrumentos morales puestos á nuestra disposición por la Naturaleza y, sin embargo, ¡quiénes son los que recurren á ellos! Utilizando bien las fuerzas de nuestra alma pueden prestarnos importantes servicios en lo que respecta á

la prolongación de la vida. Como lo hemos demostrado ya en otra ocasión (véase nuestra *Filosofía de la longevidad*), es la sugestión mal empleada la que indiscutiblemente la abrevia. Al llegar á cierta edad nos intoxicamos por la idea ó las ideas del próximo fin. Perdemos la fe en nuestras fuerzas y nos abandonan. So pretexto de que la edad pesa sobre nuestras espaldas, afectamos hábitos sedentarios y dejamos de vigilar activamente en nuestras ocupaciones. Poco á poco nuestra sangre, viciada por el ocio, juntamente con nuestros tejidos mal anmados, abren la puerta á todas las enfermedades. La vejez prematura se apodera de nosotros, y muchísimo antes de lo preciso, á consecuencia de una autosugestión nociva.

»¡Tratemos, pues, de vivir por autosugestión en vez de morir! Tenemos ante nuestra vista numerosos ejemplos de longevidad sana y robusta. Hagamos entrar y triunfar en nuestra conciencia la posibilidad de vivir cien años. Goethe ha dicho muy bien: «El hombre puede ordenar á la Naturaleza el elininar de su sér todos los elementos extraños que le proporcionan sufrimientos ó enfermedades.» La acción negativa no basta sin embargo. Es preciso proceder, además, con un trabajo positivo. Es menester almacenar en nuestro cerebro sugestiones bienhechoras, serenas y confortantes. Se conoce la base fundamental de la secta de la «ciencia cristiana», tan extendida en los Estados Unidos. Antes de que la enfermedad se manifieste afirma uno que no existe, y se le sugiere á uno la idea de quelas oraciones pueden vencer todos nuestros males. Hasta el presente en que, cegados por los éxitos, los representantes de esa nueva creencia no la llevaron más allá del buen sentido, su método era excelente por sí mismo. Las innumerables curas respondían á sus invocaciones. Esos pretendidos «milagros» han conquistado millares de secuaces y millones de dollars para la señora Eddy, la célebre fundadora de esa religión tan lucrativa para sus sacerdotes.»

Mr. Finot prosigue luego su estudio, examinando atentamente la condición de algunas vidas muy dilatadas, y en conclusión acepta la solución afirmativa que ha defendido, por lo demás, en otras ocasiones, no tan briosa y decididamente como en la ocasión presente, pero sí con una seguridad inquebrantable y lógica que le ha llevado á la conclusión que ahoraasienta.

Las consecuencias éticas y sociales que se desprenden de una afirmación semejante no las expone con todo el detenimiento que requieren el autor, y se limita á apuntarlas porque en realidad, un trabajo de tal índole hubiera rebasado los límites que se había concedido desde luego. Por lo demás, la gran enseñanza que se desprende de esas consecuencias que se anuncian de pasada, pueden compendiarse en estas palabras con que termina el distinguido escritor su excelente trabajo:

«Nuestros temores irreflexivos, desmoralizando nuestra con-

ciencia, no hacen más que acelerar su marcha á la destrucción. Considerémoslas con la ponderación digna del hombre informado, sin detenernos en sus límites. Nuestras aprensiones dormirán bajo la influencia del pensamiento, como los deseos funestos del amor bajo la del *malalis,* según los dichos de los indios.

»Suframos ante todo la sugestión poderosísima, como la del trabajo. Continuemos nuestra juventud bajo sus protectoras ilusiones. Ocupemos nuestro espíritu y no le dejemos un instante en la ociosidad y el desfallecimiento. No tengamos, en una palabra, tiempo para envejecer.

»La visita inevitable que deben hacernos la vejez y la muerte, esas dos hermanas tan terribles, se verificará no sólo más tarde, sino lo que es más esencial, serán casi deseadas. Las esperará uno como huéspedes que deben traernos en un momento lejano, muy lejano, el encanto atrayente de su melancolía dulce y tranquila...»

La crítica bíblica. En *Contemporary Review,* Emilio Reich, prosiguiendo sus interesantes trabajos sobre la quiebra de la crítica bíblica, lanza la idea de que sería útil é indispensable para discutir más seriamente sobre el Pentateuco, por ejemplo, el proceder á registros, búsquedas é indagaciones en Eddahvije (Palestina) para ver si se hallaban algunos documentos.

El descubrimiento de una transcripción del Génesis y del Exodo, en caracteres uniformes, serán de gran importancia para los estudios teológicos y, además, es muy probable que pueda hallarse en el sitio indicado.

Las revistas. En *The Theosophist,* de Madras, continúa el hermoso trabajo sobre Tolstoi de W. A. Mayers. Se publica también un interesante estudio sobre la *Química sintética hinda,* suscrito por C. S. Narayanaswamy Aiyar.

Véanse en *The Theosophical Review El procedimiento y el método de la vida espiritual,* por Annie Besant; y el estudio sobre *Los continentes sumergidos,* por Evan J. Cuthbertson. En *Theosophia,* de Amsterdam, el trabajo de G. Henvelman sobre *Ruisbrocek* «El Admirable»; y de H. J. von Ginkel sobre el *Lenguaje teosófico.*

En *The New Zealand Theosophical Magazine,* Marion Judson estudia *El problema del bien y del mal.*

RUG

Notas, Recortes y Noticias.

El próximo Congreso Teosófico. Durante los días 3, 4 y 5 de Junio próximo venidero se celebrará en París, en el Palacio de Wáshington (rue Magellan, 14), el tercer Congreso anual de la Federación de las Secciones de la Sociedad Teosófica.

Tendrá este Congreso por objeto, en su parte *intelectual,* la lectura y discusión de las comunicaciones y trabajos que se envíen; en su parte *fraternal,* la celebración de reuniones amistosas y fraternales, con intermedios musicales, y en su parte *artística,* la promoción de una exposición de arte, de carácter absolutamente teosófico, reservada únicamente á los miembros de la Sección francesa la concurrencia á la misma.

En líneas generales, tal es el programa del próximo Congreso, cuyo contenido total podrá modificarse acaso en algunos detalles, según lo exijan las circunstancias.

Todos los miembros de la Sociedad Teosófica pueden asistir personalmente al Congreso mediante la exhibición de la tarjeta que para ello autorice, y cuyo precio se ha fijado en 5 francos.

Tanto los asistentes, como los que por diferentes causas no no puedan concurrir, que tengan intención de enviar comunicaciones ó Memorias están cordialmente invitados á hacerlo, participándolo lo más pronto posible al Secretario del Congreso.

Los trabajos deben remitirse antes del 1.° de Abril inmediato al Secretariado con la dirección siguiente:

France.

Mr. Secretaire du Congres Theosophique.

59, Avenue de la Bourdonnais.

PARIS, VII.e

La generación espontánea. Volvemos otra vez sobre esta cuestión. Mejor dicho, se vuelve otra vez sobre este interesante problema que se ha dado como resuelto en sentido negativo, ó se ha querido evitar con la consagrada frase que dirime todas las cuestiones entre la gente perezosa: «No ha lugar á deliberar.»

En 1874, el físico inglés Enrique Bastian realizó algunos experimentos que le hicieron sostener la doctrina de la generación espontánea en una obra titulada *La evolución y el origen de la vida.* Este hecho atrajo al campo de la observación á multitud de hombres de estudio, y las más altas autoridades en la ciencia biológica emprendieron de nuevo las investigaciones so-

bre la cuestión. El resultado final fué el anuncio categórico que hizo Huxley de la ley de biogénesis, es decir, de que la vida sólo puede provenir de una vida anterior, siendo imposible la generación espontánea.

El hecho fué aceptado por todo el mundo científico, y la idea de que la vida sólo podía provenir de la vida adquirió finalmente una confirmación oficial con los trabajos realizados por monsieur Pasteu.

Recientemente la opinión oficial ha reaccionado contra las afirmaciones admitidas, y hoy vuelve á llamar la atención de la bióloga el problema, con el mismo apasionamiento é interés que se concediera en lo pasado.

El Dr. Carlos W. Littlefield, ocupándose del asunto, ha publicado un hermoso artículo en *La Nación,* de Buenos Aires, en el que dice, entre otras cosas:

«Mi creencia, fundada en largas investigaciones, es que todas las cosas visibles tienen su reproducción y clave en el mundo microscópico; que el principio de creación que presento está ya reconocido con otro nombre, y que las formas orgánicas que yo he desarrollado, mediante experimentos, se sabe que existen en la naturaleza como microorganismos y también como ejemplares mayores de especies semejantes.»

Refiere luego el autor sus curiosos experimentos personales, que confirman la aseveración precedente, y termina diciendo:

«Que las formas de la planta y animal no proceden de gérmenes anteriormente existentes en el aire es cosa de la mayor evidencia para cualquiera que realice los experimentos. No se necesita ser versado en química fisiológica para demostrar en el laboratorio esta teoría del origen de las formas vivas. La naturaleza no sabe nada de los pesos y medidas usados por el hombre, y nadie, por muy versado que sea en química sintética, puede medir las proporciones infinitesimales de compuestos minerales que entran en las células primitivas de la vida orgánica.

Cuando se reune el material conveniente en el medio favorable se producen formas de planta y de animal. La proporción de compuestos mineral les está determinada en la naturaleza por formaciones cristalinas, que son antitipos de crecimientos vegetales, y un sólo cristal, que representa una brizna de hierba ú hoja de helecho, y que exige, para ser visto, un poder magnificante de 200 diámetros, suministrará la suma necesaria de sales de célula mineral para cientos de células bioplásmicas, cada una de las cuales es capaz de desarrollarse en una forma viviente. La cristalización es el químico de la naturaleza, que en su laboratorio místico, oculto á las más poderosas lentes, forma sus combinaciones minerales, que determinan especies en los reinos orgánicos. Una vez creada una célula en un medio dado por cierta reunión de compuestos minerales, ella misma constituye la personificación de dicho medio y el agente para la

reunión de grupos semejantes de material inorgánico; es de necesidad que propague su especie, y esta necesidad se fija en ese organismo en que la célula está destinada á desarrollarse, pues la célula es el origen y la unidad del organismo.»

La cura por la luz. Hace años que Finsen creó en Copenhague el famoso *Instituto de la luz,* gracias á los auxilios obtenidos por su premio Nobel. Los progresos que se han realizado á partir desde entonces—hace dos años—en este sistema terapéutico, son verdaderamente sorprendentes y curiosos.

En un artículo sobre este particular, inserto en el último número de la *Quaterly Review,* Jorge Pernet resume brevemente las teorías de los rayos solares, divididos en calóricos, invisibles, luminosos y químicos; de la influencia química de la luz, de la influencia de la luz sobre los seres vivos, y de la potencia bactericida de la misma, debida principalmente á los rayos químicos.

Ahora bien; todos los rayos químicos no tienen la misma potencia bactericida, según ha demostrado Kotliar. Los rayos rojos precipitan el desarrollo de los microbios, retrasándolo las rayas violetas. Geissler ha llegado á un resultado análogo, empleando la luz eléctrica y el arco voltáico.

El conocimiento de que la luz influye sobre el cuerpo y el ánimo del hombre es, sin embargo, más antiguo de lo que parece. Sin remontarnos muy lejos, vemos, por ejemplo, que en el siglo XIV se empieza á usar la aplicación de paños rojos sobre los atacados de viruela, ni más ni menos que como se hacía por todo el vulgo desde tiempo inmemorial. Es más; en nuestras supersticiones y prácticas populares de medicina, una de las condiciones imprescindibles para ciertos amuletos es la coloración de los mismos. Así, la fijación de motitas amarillas ó rojas de algodón sobre la nariz ó los senos frontales de las niñas se utiliza para combatir el hipo. En fin, entre nuestro pueblo, ninguna madre española envolvería á su hijo en unas mantillas verdes ó negras, y tradicionalmente se usan de color amarillo como más *tónicas,* lo mismo que la ropa interior para los reumáticos.

El misterio de la luz no es un descubrimiento moderno, como color ha sido conocido en todos los tiempos. Lo que sucede «es que ahora se trata de dar una explicación más satisfactoria á lo que antes no lo necesitaba».

El trabajo de Finsen consiste en haber hallado un medio de operar con la luz directamente, con lo que ha de caber la envidiable gloria de librar á la nación danesa del *lupus,* esa terrible enfermedad que parece vinculada á las razas del Norte, más apartadas que las del Sud de las luces enérgicas y potentes.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.